

Mi
Búsqueda
de la
Verdad
Espiritual

por la ex monja
Helene Hart

Mi Búsqueda de la Verdad Espiritual

por la ex monja Helene Hart

Mientras miro hacia atrás a lo largo de los años, ahora me doy cuenta de cómo la gracia de Dios fue evidente en mi vida. Soy la mayor de 11 niños. Aunque no había mucho dinero, nuestras necesidades diarias siempre fueron satisfechas por padres amorosos y comprensivos. Al ser una familia unida, a menudo pasábamos las tardes jugando juegos y disfrutando de la compañía de los unos con los otros. Siempre había suficiente calidez y amor para todos.

Como familia, creíamos en Dios y hacíamos todo lo posible para complacerlo con nuestra sinceridad y buenas obras. También, rezar el rosario diariamente era una parte vital de nuestras vidas. Sin embargo, nunca se hizo hincapié en la lectura de la Biblia en el hogar o en la iglesia.

A los 14 años, ingresé en un internado exclusivamente para niñas. Durante este tiempo, me di cuenta de que quería ser monja. A los 17 años, entré al convento y un año más tarde estaba enseñando primer grado. Mis primeros diez años en el convento fueron felices y emocionantes y sentía que no podía hacer lo suficiente para el Señor. Nunca hubo un momento de ocio. Mi tiempo estaba lleno de oración, enseñanza, consejería y visitas a los enfermos. Todos los días de la vida del convento eran ocupados y desafiantes. Eventualmente fui promovida a directora y enseñé séptimo y octavo grado. Sentía que Dios estaba muy complacido con todas mis buenas obras.

Durante este tiempo, sin embargo, Dios usó a los jóvenes de mi clase de educación religiosa para desafiarme haciéndome preguntas sobre la fe católica que yo no podía responder. Comencé a buscar respuestas; pero no había nadie que me ayudara. Como resultado, comencé a cuestionar algunas de las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia Católica. Tuve especial dificultad para aceptar los dogmas eclesiásticos que podían cambiar con el paso del tiempo. Estoy hablando de leyes eclesiásticas hechas por hombres que podrían enviar a una persona al Infierno (pecado mortal) que posteriormente pueden ser rescindidas. La pregunta persistente que siempre surgió en mi mente fue ¿qué pasó con todas las almas que murieron durante la dispensación de esta ordenanza? ¿Era esto la justicia de Dios? No me pareció justo. Adicionalmente, tuve serios problemas para confesar mis pecados a un sacerdote cuando creía en mi corazón que podía ir directamente al Señor. Por otra parte, razoné por qué orar a María y a los santos cuando era Dios quien respondía las oraciones.

No tener a nadie en quien confiar y ayudarme con mi búsqueda de la verdad espiritual, me volvía cada vez más molesta y confundida. En consecuencia, me sentía muy infeliz y oficialmente me pidieron que dejara la vida del convento.

La iglesia respondió insistiendo en que viera a un psiquiatra y pasara algún tiempo en la enfermería del convento. No podía aceptar esto. Entonces, después de 18 años, dejé la vida comunitaria solo después de que me dijeron que perdería mi alma e iría al Infierno. Estaba desilusionada, confundida y muy enojada con la iglesia a la que le había dado toda mi vida.

En 1971 conocí a un hombre que eventualmente se convirtió en mi esposo. Fue la primera persona con la que había salido. Era un hombre cariñoso y comprensivo que me ayudó a superar los traumas emocionales que había experimentado. Cinco años después de casados, tuvimos una hermosa niña. Sin embargo, varios meses después, mis médicos me informaron que tendría que someterme a una cirugía cerebral. La operación fue un éxito y una vez más supe que había un Dios maravilloso que me amaba y cuidaba.

Las cosas empezaron a cambiar en mi vida cuando conocí a un vecino que era cristiano nacido de nuevo. Fui invitada a asistir a un estudio bíblico semanal. Las preguntas persistentes; las dudas y temores que tenía a lo largo de los años comenzaban a ser respondidos a través de la Biblia. Durante una de estas visitas, me di cuenta de que necesitaba poner toda mi fe y confianza en Jesucristo y en Su obra completa de salvación en la cruz del Calvario. En Juan 3:16, la Escritura dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Y en 1 Pedro 3:18, “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...” ¡Ese día entregué mi corazón a Jesús y fui salva! Por primera vez en mi vida estaba confiando completamente en Cristo para mi salvación y no en mis obras o méritos religiosos. Dios reveló de Su Palabra en Efesios 2:8-9 que esto era lo que Él quería que yo hiciera. Dice: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

Después de que fui salva, surgieron problemas en nuestro matrimonio. A mi esposo le molestaba que yo fuera salva y asistiera a una iglesia que creía en la Biblia. Durante los próximos tres años, la situación fue extremadamente tensa y difícil. Sin embargo, el Espíritu Santo comenzó a tratar con el corazón de mi esposo. Mientras asistía a los servicios de la iglesia los domingos por la noche, él comenzó a ver los servicios del Evangelio en la televisión. Dios le reveló lo que me había aclarado a través de las Escrituras...la salvación personal está en Jesucristo y no en una iglesia. Poco después, mi esposo también pidió a Jesús para que lo salvara.

Una vez que ambos fuimos salvos, Dios comenzó a sanar nuestro matrimonio. Por otra parte, los obstáculos que impedían la verdadera paz mental y la felicidad en nuestro matrimonio finalmente fueron reemplazados por las cosas de Dios. Hoy, hay amor, paz y alegría en mi vida con un maravilloso esposo e hija. Estamos sirviendo al Señor juntos y tenemos una vida familiar feliz. Diariamente pasamos tiempo juntos en oración y lectura de la Biblia. ¡El Señor nos ha bendecido abundantemente y a Él le doy toda la alabanza, el honor y la gloria! Desde que fui salva y nací de nuevo, he reclamado Jeremías 33:3 como el versículo de mi vida. “Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”.

Las muchas preguntas que reflexioné como monja han sido respondidas con las Escrituras. Confío que por mi testimonio sus ojos serán abiertos a la verdad de la Palabra de Dios. A medida que leemos el Nuevo Testamento, notamos que Jesús ordena a sus discípulos que prediquen el Evangelio de salvación. Todos los escritores del Evangelio afirman que Jesús dijo que nuestra fe debe estar firmemente puesta en Él. Él nunca instruyó a nadie a tener fe en una iglesia. Ninguna iglesia puede quitar los pecados. Como católica, estaba espiritualmente perdida porque confiaba en mi iglesia y en las buenas obras para ayudarme a ganar la salvación y merecer el favor de Dios. Nunca había confiado en Cristo como mi Salvador suficiente. Como cristianos, nuestra confianza no se basa en lo que estamos haciendo por Jesús, sino en lo que Él ha hecho por nosotros. Cuando Jesús murió en el Calvario, dijo: “Consumado es”. Porque allí se completó Su obra redentora. Es verdadero que Él murió por todo el mundo. La asombrosa realidad es que Él murió por usted; ¡Él murió por mí! Dios aceptó la redención del Calvario como pago por sus pecados, ¡Jesús, mi amigo, está dispuesto y es capaz de salvarlo HOY!

Ha leído el testimonio de una dama que pasó buena parte de su vida dedicada a las enseñanzas y tradiciones de una iglesia. Sin embargo, descubrió que la verdadera paz, el gozo y el amor solo se obtienen al tener una relación personal con Jesucristo. Esta relación comienza reconociendo y confiando en la obra preeminente de Cristo en la cruz del Calvario para el perdón personal y el poder divino para vivir la vida cristiana.

Querido amigo, dese cuenta y acepte que Cristo vino al mundo específicamente para morir por sus pecados y que Él pagó el precio completo por todos sus pecados; pasado, presente y futuro (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:24).

¿Recibirá por fe a Cristo como Salvador y Señor de su vida? La decisión es suya. Él es:

El Único que puede llevarlo a Dios...

“Cristo... padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios,” (1 Pedro 3:18).

El Único que puede dar la verdadera paz...

Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14:27).

El Único que puede dar vida eterna...

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

No dude en contactarnos con respecto a su decisión por Cristo o si tiene preguntas sin respuesta sobre su salvación personal. Escríbanos:

Missionary Outreach To Catholics
P.O. Box 17453
Louisville, KY 40217-0453

Saludos de: